

buen negocio, en una ciudad donde había conocida afición, por el teatro, y que estaba privada de esta diversión, o si fue un impulso filantrópico y pasión decidida por el arte, o si fueron una y otra cosa, no podrá decirse, ni importa saberlo.

## ARTICULO XIX

Hay una tradición que yo no conocía, respecto a la historia de nuestro teatro, y que me comunicó hace algún tiempo el doctor don Liborio Zerda, cuya respetabilidad la hace acoger sin vacilación, aunque es de referencia, pues él la hubo del inolvidable Bernardo Torrente, cuyo ingenio y gracia era el encanto de sus numerosas relaciones, y lo hicieron tan popular. Este, a su turno, la recibió de sus mayores, familia raizal de muy honrosos precedentes y muy conocedora de las cosas de esta ciudad. Si no me engaño, el doctor Zerda publicó esta relación en algún periódico, y a ella me refiriría yo; pero para evitarle a usted el trabajo de buscarla, y para no perder el de las notas que sobre ella tomé, voy a repetírsela, según recuerdo habérsela oído a dicho señor, aunque difiere en algunas circunstancias secundarias.

Parece, según esta versión, que el señor Ramírez, hombre de cierta posición y comodidades, era algo aficionadillo al juego, y con tal motivo asistía con frecuencia a cierta casa a donde concurrían también personas de la alta sociedad a

distraerse de las fatigas del día. Una de éstas —parece que era un magistrado principal— se había sentado a una mesa, al anochecer, y se disponía a comenzar la partida con otros caballeros, cuando repentinamente recordó que tenía una cita importante a que no podía faltar. Levantóse en el acto, dejando un poco de dinero que había puesto sobre la mesa, a tiempo que alcanzó a ver a Ramírez que, en clase de espectador o curioso, estaba de pie enfrente de él. Llamólo y le dijo que ocupase su lugar, mientras él volvía. Ramírez aceptó y ocupó el asiento que se le brindaba, aunque receloso de perder el dinero que caballerosamente había dejado el otro.

Comenzó a jugar, y, contra lo que de ordinario le acontecía, fue ganando a todas manos. La suerte no sólo le sonreía aquella noche, sino que lo acariciaba; así que siguió jugando hasta media noche, sin poder dejar su puesto, porque la delicadeza no se lo permitía. Al fin, casi arruinado sus compañeros, perdidosos de lo que llevaban y de muchas sumas más, y, sin esperanza de poder desquitarse hasta mejor ocasión, se retiraron todos, dejando a Ramírez dueño de una gran cantidad en dinero sonante, más lo que quedaban a deber, que como deuda de juego, era sagrada, sobre todo en aquellos tiempos.

Al siguiente día, muy temprano, se presentó don Tomás en casa del sujeto, causa de una peripecia tan sorprendente como inesperada; y aunque se hizo anunciar, éste no se dio mucha prisa a recibirlo, sospechando cuál podía ser el objeto de tan matinal visita, y el pobre tuvo que guardar antesala durante más de media hora. Al

fin salió el personaje, y al ver a Ramírez le dijo: "Ya supongo cuál es el asunto que me proporciona el gusto de ver a usted en mi casa; pero no tenga usted cuidado: si se ha perdido todo, bien perdido está, que esos son percances del juego." "Señor, replicó don Tomás, no es eso: vengo a dar a usted parte de la inmensa ganancia que he hecho, y a ponerla a su disposición." "Nada, nada, replicó aquél, ese dinero no es mío, usted lo ha ganado y suyo es", y se retiró.

Y aquí me tiene usted de don Tomás, hombre de conciencia y de recto proceder, vacilando sobre el destino que debía dar a ese dinero, acerca de cuya propiedad le quedaban dudas. Pero al fin la explícita voluntad de su protector y su generosa conducta lo tranquilizaban, puesto que él había hecho lo que debía con toda la buena fe de un buen cristiano y de un caballero. Meditando más despacio sobre este asunto, resolvió al fin destinarlo a alguna obra de utilidad pública, y emprendió la construcción de un teatro.

Mas, como se dice que Ramírez gastó en éste más de sesenta mil pesos, y no es verosímil que su ganancia fuera tan excesiva, debe suponerse que gastaría además parte de su propio caudal, lo que, sin embargo, no fue suficiente para concluirlo. Comoquiera que sea, Ramírez compró un solar en punto central y puso manos a la obra el 20 de agosto de 1792. Ezpeleta lo apoyaba y estimulaba eficazmente; pero el Arzobispo se creyó en el deber de contrariarlo, y aunque no se opuso abiertamente, llegó a ofrecer a Ramírez hasta cuarenta mil pesos, con tal de que desistiera del proyecto. Pero nada pudo vencer la firme reso-

lución del mercader, y la obra se llevó a cabo, a lo menos hasta donde lo permitieron los recursos con que contaba el empresario. Lo que se construyó fue sólido y perfecto y proporcionado a las necesidades de la población.

¿El Arzobispo tenía razón en oponerse? No me atreveré a afirmarlo, ni a negarlo. El teatro es una diversión como cualquiera otra, de la cual puede abusarse. Aún la simple comedia de costumbre (aunque esto parezca digresión), puede en muchos casos ser funesta para la inocencia. ¿Y el teatro moderno, tanto francés como español, qué es lo que nos da hace mucho tiempo? ¿Ya la escuela realista, que puja por enseñorearse de la escena, ha señalado el límite hasta dónde puede llegar en la representación de la vida ordinaria y de las escenas íntimas? El teatro es bueno para divertirse y nada más, pero no moraliza a nadie. Eso de que es **escuela de costumbres**, no pasa de ser una frase convencional contra la cual la prudencia no se atreve a protestar. Puede serlo de costumbres buenas y de costumbres malas, en cuanto las hace conocer todas, pero no porque corrija estas últimas. Mas aún suponiendo que haya piezas teatrales que verdaderamente corrijan, el número de las que corrompen, al par de las novelas, ya de un modo, ya de otro, es infinitamente mayor.

Usted dirá que yo soy el diablo predicador, puesto que tan aficionado y asiduo concurrente soy al teatro; pero no quiero decir que el teatro deba proscribirse, siendo como es ya una necesidad universal, un mal necesario a que está sujeta toda sociedad civilizada, como lo son tam-

bién las armas de fuego, los ferrocarriles y los buques; mal al cual no es posible poner remedio; tan arraigado, tan connaturalizado está ya con la vida de los pueblos cultos.

¿Recuerda usted lo que dice Jovellanos —que discurre no muy favorablemente al teatro— al hablar del odio que algunos le profesan? Si ésta le parece a usted digresión, perdónemela usted en gracia del placer que le proporcionará oír las palabras del elegante y concienzudo escritor.

“¿En qué puede consistir, dice, el encono con que ciertas gentes, al parecer sabias y sensatas se han empeñado en combatir el teatro desde sus primeros ensayos? No hablemos de las censuras canónicas, sólo aplicables a la escena de los antiguos, o las torpes truhanadas de la media edad; hablemos sólo de los ataques con que han combatido la escena moderna muchos de nuestros teólogos.

.....

“Pero atendido su estado (seamos imparciales), atendidos su corrupción y sus defectos, ¿no sería cosa por cierto durísima cerrar la boca a los ministros del altar sobre severos principios de la moral cristiana, sino también las más vulgares máximas de la razón y la política? Púrguese de una vez el teatro de sus vicios: restitúyase al esplendor y decencia que pide el bien público, y si entonces, cuando ya hubiese callado el celo, resonaren todavía las indiscretas voces de la parcialidad y la preocupación, la autoridad, que debe cansarse alguna vez de luchar con semejantes obstáculos, haga valer los derechos que le dan la razón y las leyes para imponerles silencio.

“Sin embargo, es preciso confesar que el atraso de la escena y la retardación de su reforma han consistido más principalmente en sus defensores y apologistas. Como hay siempre gentes para todo, en cada época de su persecución encontró el teatro capeones que saliesen a la palestra a rechazar los ataques; y como la opinión y el interés de la muchedumbre estuviesen siempre de su parte, jamás hallaron difícil la victoria. De este modo la ignorancia, el mal gusto y la licencia perpetuados sobre la escena impusieron silencio al celo y la ilustración, e hicieron casi imposible el remedio.

“Por lo que a mí toca, estoy persuadido a que no hay prueba tan decisiva de la corrupción de nuestro gusto y de la depravación de nuestras ideas, como la fría indiferencia con que dejamos representar unos dramas en que el pudor, la caridad, la buena fe, la decencia y todas las virtudes y todos los principios de sana moral, y todas las máximas de noble y buena educación son abiertamente conculcados. ¿Se cree por ventura que la inocente puericia, la ardiente juventud, la ociosa y regalada nobleza, el ignorante vulgo pueden ver sin peligro tantos ejemplos de impudencia y grosería, de ufanía y necio pundonor, de desacato a la justicia y a las leyes, de infidelidad a las obligaciones públicas y domésticas, puestos en acción, pintados con los colores más vivos, y animados con el encanto de la ilusión y con las gracias de la poesía y de la música? Confesémoslo de buena fe: un teatro tal es una peste pública, y el Gobierno no tiene más alternativa que reformarlo, o proscribirlo para siempre.”

Los siguientes párrafos tienen tanta analogía con lo que sucede entre nosotros, que no puedo prescindir de recordarlos:

“¿Qué espectáculos, pues, qué juegos, qué diversiones públicas han quedado para el entretenimiento de nuestros pueblos? Ningunos.

“¿Y es esto un bien o un mal? ¿Es una ventaja o un vicio de nuestra policía? Para resolver este problema basta enunciarle. Creer que los pueblos puedan ser felices sin diversiones, es un absurdo. Creer que las necesitan y negárselas, es una inconsecuencia tan absurda como peligrosa. Darle diversiones, y prescindir de la influencia que puedan tener en sus ideas y costumbres, sería una indolencia harto más absurda, cruel y peligrosa que aquella inconsecuencia. Resulta, pues, que el establecimiento y arreglo de las diversiones públicas, será uno de los primeros objetos de toda buena política.”

## ARTICULO XX

Después de esta digresión, no enteramente inútil, volvamos a nuestro teatro, hermoso y elegante en su primitiva planta, sólido en su construcción, estrecho en espacio y holgura para actores y espectadores. Aquéllos no tenían en un principio departamentos para vestirse y hasta que vino la compañía dramática de Villalba, actores y actrices se vestían en el escenario detrás de los bastidores, con toda la franqueza y buena fe de